

# España: vanidad y penitencia

JOSÉ LUIS DOMÍNGUEZ  
PROFESOR Y ESCRITOR

La principal característica de este país a lo largo de su dilatada y ruidosa Historia ha sido vivir del abundante dinero logrado sin crear absolutamente ningún entramado financiero digno de mención, y llorar mucho cuando las cosas han ido mal



**V**amos a dejar las cosas claras antes de que los medios (los progubernamentales y los que lo serán dentro de poco) intoxiquen una vez más a la opinión pública con su particular forma de ver este país: España, en su Historia, siempre ha sido así. Me explico.

La principal característica de este país a lo largo de su dilatada y ruidosa Historia ha sido vivir del abundante dinero logrado sin crear absolutamente ningún entramado financiero digno de mención y en llorar, llorar mucho, cuando las cosas han ido mal.

Ya en el siglo XVI empezó a mostrarse esa clara incapacidad española por lograr «estar al día» en eso de los negocios. Según el historiador Pierre Vilar: «...el triunfo del cristiano viejo significa cierto desprecio del espíritu de lucro, del propio espíritu de producción, y una tendencia al espíritu de casta... mala preparación para una entrada en la era capitalista».

Realmente, los españoles fuimos incapaces de transformar el enorme oro sustraído a América en algo parecido a una economía competitiva sobre suelo patrio. Más bien nos dedicamos a gastarlo en tontas batallitas contra todo lo que no fuera, por supuesto, católico y vaticanista.

Estas luchas contra todos, no lo olvidemos, provocó tres quiebras económicas del país cuando más oro se recibía de América: en 1557, 1575 y 1596.

Los propios consejeros de Felipe II se lo advertían: dentro de la poderosa España... «...la gente común está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos andan desnudos sin tener con qué se cubrir».

El mismísimo contador oficial del monarca, Luis de Ortiz, se quejaba amargamente de que en este país «todo se hace sin ingenio... a poder de dineros».

«... de una arroba de lana que a los extranjeros les cuesta quince reales -decía en un Memorial dirigido al Rey en 1558- hacen obraje y tapicerías y cosas labradas fuera de España, de que vuelven dello mismo a ella, valor de más de quince ducados... mas de que en estos reynos valgan las cosas tan caras por vivir de manos ajenas, que es bergüenza y grandissima lástima».

Realmente nos tenían muy calados los de fuera. Según Guicciardini, los españoles trabajaban cuando no les quedaba más remedio y, después, «descansan mientras les duran las ganancias. La nación en general es opuesta al trabajo».

Luis Ortiz lo corroboraba: «Es tan grande la olgura y perdición de España, que qualquier persona de qualquier estado o condición que sea no sabe

otro offiçio sino yr a Salamanca o a la guerra de Ytalia o a las Yndias o ser escribano, o procurador, y todo en daño de la republica».

Son datos aportados por españoles, no extranjeros, con algo de lucidez. Arias Montano, en su 'Sobre los negocios de Flandes', escribía:

«La soberbia de la nación española es intolerable... Y no digo esto de los principales ministros de una nación, sino de los medianos y de los menores, que cierto usan de demasiada altivez con los otros y esto enajena las voluntades y desbarata el buen curso y buena ayuda de los negocios».

En 1573 ya se quejaban en las Cortes de Castilla del modelo económico. Según las Actas de aquel año: «Los grandes señores... no pagan ninguna cosa... y ha de cargarse todo sobre los labradores, los cuales no pueden escapar de pagar de un grano que vendan».

Ruego, estimado lector, que a estas alturas del artículo vaya usted trasladando toda esta información a la situación actual. Sorprende su parecido.

En el 'Memorial de la política necesaria y útil restauración de la República de España', de 1600, se afirmaba: «Uno que labra ha de sustentar a sí, y al señor de la heredad, y al señor de la renta, y al cogedor del diezmo, y al recaudador del censo, a los demás que piden».

Alguien podría pensar que la llegada de la Ilustración trajo algo de luz a este país. Pero no. Se luchó contra ella.

Y cuando Fernando VII ocupó el trono los cantones independentistas volvieron a saltar. Olavide, un proilustrado, se quejaba: «La España actual se nos muestra como un cuerpo sin energías... como una

República monstruosa formada por pequeñas repúblicas que se enfrentan unas a otros porque el interés particular de cada uno se opone al interés general».

El tiempo fue pasando y nada cambiaba. Castelar pronunció un discurso parlamentario el 7 de marzo de 1869 donde volvía a recordar las miserias de este país: «Señores diputados: no tenemos agricultura porque arrojamos a los moriscos. No tenemos industria porque arrojamos a los judíos. No tenemos ciencia [porque] encendimos las hogueras de la Inquisición, arrojamos a ellas nuestros pensadores y los quemamos».

Y Francisco Silvela, en 1895, escribía en el diario 'El Tiempo': «Asombra y entristece lo poco que en veinte años de monarquía y de paz hemos hecho para mejorar los organismos administrativos, el estado de nuestro crédito, la regularidad de nuestra vida municipal y provincial... habiendo vivido al día, sin hacer nada que salga de la rutina conocida en cosas y personas».

Cien años más tarde... todo sigue igual.



AP